

MATERIALES DE TRABAJO No. 9

TERCERAS VIAS: APORTES A LA DISCUSIÓN

Erhard Eppler
Michael Ehrke

C 01 - 02513



PRESENTACION

El objetivo del presente y del siguiente número de "Materiales de Trabajo", es aportar algunos elementos de discusión sobre los retos de una política social democrata. Asimismo, indagar cuál debe ser el perfil que debe adoptar la Social Democracia frente a los fenómenos de la globalización. En otras palabras, es nuestro propósito aportar al debate político, la viabilidad de la concepción sobre la "Tercera Vía".

En este número 9, publicamos un trabajo de Erhard Eppler, miembro del presidium del Partido Social Demócrata alemán y ex-ministro de Cooperación Externa.

Este ensayo fue publicado por primera vez en "Gewerkschaftliche Monatshefte", 7-8, 1999. Como se podrá observar, el autor se separa de la discusión sobre el significado de la Tercera Vía para recuperar el modelo europeo como un marco de referencia en su debate. Resultan sumamente enriquecedores entre otras, sus reflexiones sobre el papel del estado y de la sociedad civil.

El segundo trabajo es de Michael Ehrke, colaborador de la Fundación Friedrich Ebert en Bonn. A lo largo del texto, el autor trata de dar una respuesta a la pregunta de si la "Tercera Vía" es o no capaz de reconciliar la modernización económica y social con el principio justicia social.

Ekart Wild
Representante en México de la
Fundación Friedrich Ebert

Diciembre de 1999

Sobre el modelo europeo

Erhard Eppler

★

Dr. Erhard Eppler, nacido en 1926 en Ulm. Servicio militar. Cursó estudios de Letras Inglesas, Letras Alemanas e Historia en Frankfurt / Main, Bern y Tübingen. Laboró en diversas escuelas. Miembro del Parlamento Federal. Fue Ministro Federal para la Cooperación Económica, Presidente del SPD (siglas en alemán del Partido Socialdemócrata Alemán) en el Estado Federado Baden-Württemberg. Miembro del Comité Ejecutivo del SPD y Presidente del Sínodo de la Iglesia Evangélica Alemana.

I.

Existen buenas razones para no hablar de la "Tercera Vía", una de las cuales es más bien formal, pero la otra toca el núcleo del asunto. La formal es que no puede haber una "Tercera Vía" si la segunda se ha mostrado intransitable. Durante décadas se habló de la "Tercera Vía" buscando un punto intermedio entre Capitalismo y Comunismo. Después del desmoronamiento del Comunismo, tiene poco sentido continuar esta búsqueda.

La otra objeción, la más importante es que, a finales del siglo XX, sí hay alternativas probadas para el turbocapitalismo de los neoliberales, pero no hay alternativas que funcionen para la economía de mercado. Todo lo que se pueda oponer al radicalismo de mercado neoliberal no tiene carácter de un segundo o tercer sistema, sino que se refiere a otra relación entre el mercado y la política, entre el mercado y la sociedad.

Por lo tanto, prefiero hablar, empleando las palabras de Jacques Delors, del modelo europeo. Con ello se deduce también que un modelo de sociedad que pueda competir con el americano, solamente se puede probar, estabilizar y mantener en un espacio económico grande. Debemos agregar que si se aspira a un modelo europeo, éste únicamente se puede realizar en la continuidad de la

historia europea. Y para Europa se sobreentiende todo aquello que los defensores americanos de la idea de comunidad exponen hoy, fatigosa y prolijamente, para la corrección de los dogmas neoliberales: el que no sólo existe el individuo, sino también comunidades, que los seres humanos se desarrollan en la tensión entre el Yo y el Nosotros, que la colectividad actúa sobre los individuos así como los individuos sobre la colectividad, que un mercado próspero requiere de una sociedad civil vital, y que el mercado no puede establecer sus propios límites. Por lo tanto, el modelo europeo excluye exageraciones y malentendidos individualistas que hubieran dejado pasmados lo mismo a Aristóteles que a Alexis de Tocqueville o a Max Weber

Con el reclamo de un modelo europeo quedó igualmente claro que no se trata de un proyecto específicamente socialdemócrata. El modelo europeo solamente se puede construir sobre un amplio consenso que abarque a los Socialdemócratas, a los Cristianodemócratas, a los Verdes y a una parte de los Liberales que se sienten comprometidos con las tradiciones del Liberalismo europeo. Un consenso básico de esta índole permite también espacios para la modificación. Donde rige el modelo europeo, un gobierno cristianodemócrata pondrá, normalmente, distintos acentos que un gobierno socialdemócrata. Pero ninguno de los dos cuestionará un modelo en que tienen cabida tanto la herencia de la doctrina social del Cristianismo como los objetivos del Socialismo democrático.

Cuando Jacques Delors, en noviembre de 1997, en Dortmund, hizo propaganda para el modelo europeo, confirió una responsabilidad especial a los alemanes. A ellos incumbe, de ellos depende si puede crearse un modelo independiente que se pueda medir con el modelo anglosajón-americano. Si los alemanes siguieran simplemente los paradigmas americanos, Europa no tendría la fuerza de ir por su propio camino europeo. Si es así, nosotros los alemanes no podemos ceder nuestra responsabilidad a nadie. Y primero debemos concertarnos con nuestros vecinos franceses. Porque sólo si las escuelas de pensamiento francesas y alemanas están dispuestas a intercambiar ideas, puede surgir un modelo europeo.

II.

En ninguna parte de Europa, la ideología neoliberal se ha topado con una resistencia tan decidida, incluso con indignación, como en Francia. En ningún otro lugar, los sociólogos, los periodistas y los políticos se han ocupado tan profundamente del mensaje de Ronald Reagan y Margret Thatcher como en París. Y en ningún otro lugar, los intelectuales han dado un "No" tan tajante como en Francia.

Para los oídos alemanes, a primera vista, suena raro si se analiza el Neoliberalismo como un Comunismo invertido. Finalmente, el reclamo neoliberal de cientificidad, de una validez universal, en sus dimensiones espacial y temporal, en la cotidianidad no es tan penetrante, tan totalitario como aquél del Marxismo-Leninismo. Pero es cierto que ambos se comprenden como ciencia, no como ideología, ambos quieren tener una validez eterna y ubicua, justamente porque poseen la verdad. Ambos se comprenden como punto final de la Historia conocida.

Pero naturalmente, son también extremos antagónicos. Si el Marxismo-Leninismo intentaba sustituir el mercado por decisiones políticas, el Neoliberalismo se encamina en el sentido opuesto: paso a paso pretende reemplazar la política por el mercado. Si el Comunismo perseguía cada iniciativa privada, aún la más competente, con su suspicacia, el competente neoliberal se molesta si una comunidad todavía maneja el abastecimiento de agua. Si el comunista versado no descansaba hasta que todos los patrimonios privados grandes se encontraran bajo el dominio público, el neoliberal se escandaliza por unos centenares de departamentos públicos, de interés social para inquilinos necesitados.

Por supuesto, detrás de los dogmas neoliberales hay intereses fuertes. Pero, desde hace diez años, sacan provecho de la tendencia que tienen los seres humanos de interpretar como correcto todo lo que se opone a lo falso. Y justamente en Europa Oriental varios excomunistas esperan ahora casi todo del mercado, al que antaño no creían capaz de nada. El Neoliberalismo es una mera

doctrina, e igual que en el Marxismo-Leninismo existe también una competencia en la mera doctrina. Quien quiere tener una exitosa carrera, puede ser aún un poco más consecuente que su competidor. La dificultad consiste sólo en que la mera doctrina, a la larga, no funciona. Eso advierten, en el caso del Neoliberalismo, los críticos que defienden la idea de la comunidad. Amitai Etzioni argumenta lo siguiente: si todos, alguna vez, se comportaran como los radicales del mercado suponen que es razonable y natural; es decir, atendiendo únicamente a la propia ventaja, necesitaríamos no menos, sino más Estado. Porque entonces, los recursos del derecho penal estatal deberán imponer aquello que ha proporcionado, hasta ahora, sobre todo una moral con fundamentos cristianos. No se puede conservar la integración de una sociedad, basándose únicamente en el derecho penal, ni tampoco el funcionamiento de una economía de mercado. La sociedad de mercado destruye la economía de mercado. Por lo tanto, también el Neoliberalismo trae en su propio seno el explosivo que habrá de procurar que él tampoco habrá de ser el final de la Historia.

III.

Pero, ¿qué apariencia debería tener el modelo de mercado que los europeos contraponen al modelo anglosajón? No puede ser un "sistema"; es decir, un orden que nuevamente intente reemplazar el mercado o, incluso, sustituirlo por otra instancia. El modelo europeo no puede comportarse frente al Neoliberalismo como éste se comporta frente al Marxismo-Leninismo. No debe nutrirse de la ilusión antes mencionada de que la rigurosa oposición a lo erróneo es lo correcto. Dicho de otra manera: también el modelo europeo estará basado en la economía de mercado. Pero si pretende ser europeo, debe ser político. En lugar de reemplazar uno por otro, debe señalar tanto a la política como al mercado cuál es su lugar legítimo.

La política no solamente se realiza en el momento en que deciden los gobiernos o en que los diputados contienden entre sí. Ciertamente, la política es siempre una lucha por el poder, pero debe ocuparse siempre de la siguiente pregunta: ¿Cómo

quieren vivir los hombres? Donde sea que haya hombres congregados para poder vivir como quieran, existe la política. Por supuesto, también allí donde los hombres, conjuntamente, expresan cómo no desean vivir bajo ninguna circunstancia. En Ulm an der Donau la ciudadanía discutió, en el verano de 1999, acerca de si quiere tener el tranvía otra vez o bien si también en un futuro querrá usar el camión. Y después tomó una decisión. Eso era política. A la inversa: si se les dice a los hombres que únicamente en el mercado se decide cómo deben vivir, los argumentos de la política no cambiarán nada, está de más, en el mejor de los casos, la administración, pero no la política. Y dado que la democracia ha sido instituida como un acontecimiento político, morirá de muerte natural. ¿Para qué votar si los gobiernos no tienen la decisión de cómo queremos o debemos vivir?

La política vive de las tensiones entre los intereses, las convicciones, las valoraciones. Eso implica también que todas las utopías que nos prometen, la armonía, la disolución de todas las contradicciones, son apolíticas. Dentro de las múltiples tensiones sin las cuales no hay política, está aquella que define lo que es y lo que debe ser, el proyecto y la realidad. Un alcalde que no tiene la mínima idea de cómo se debería ver su ciudad al final de su gestión, únicamente puede administrar, no puede hacer política municipal. Un partido político que primero decide diligentemente su programa de valores básicos para olvidarlo inmediatamente, provoca que disminuya la tensión entre proyecto y realidad. Lo que resta son soluciones provisionales. También la tensión entre teoría y práctica pertenece a la política. Cuando, como en Francia, los políticos discuten con los sociólogos, esta tensión está viva. Se desploma cuando, como en Alemania, los gobernantes a veces se ufanan de no ocuparse de las teorías, y los teóricos, una y otra vez, dejan entrever que no tienen idea de la práctica.

IV.

La democracia europea vive todavía otro tipo de tensión, aquella entre un aprovechamiento racional del capital en el mercado y entre las necesidades humanas que no se pueden satisfacer en el mercado. Cuando esta tensión no sólo

penetra la sociedad, sino también produce política, llegamos al modelo europeo. Nadie debe negar que, por ejemplo, la dirección del SED (siglas en alemán del Partido Socialista Unificado de Alemania) en la República Democrática Alemana intentaba satisfacer las necesidades humanas, aún cuando de ninguna forma todas: el SED no podía ni quería satisfacer la necesidad de libertad de viaje y de libertad de desplazamiento. Pero se procuraba que todos tuvieran suficiente comida y un techo que los cobijara, además de un lugar de trabajo, aún cuando allí no siempre hubiera trabajo. Los adolescentes encontraban su club, los bebés su guardería, los enfermos sus cuidados, los ancianos, una estancia.

La razón por la que la RDA siempre estaba rezagada, hasta que, finalmente, se desmoronó, fue la incapacidad del sistema para manejar el capital de forma razonable. El mercado lo maneja mejor que cualquier gremio político.

Los comunistas han comprobado que está condenado al fracaso un sistema que no sabe manejar racionalmente el capital y que no sabe corresponder a las necesidades del aprovechamiento racional del capital. Podría comprobarse - y ya existen ejemplos para hacerlo - que también tiene que fracasar el intento de subordinar todas las necesidades humanas a las obligaciones del aprovechamiento racional del capital.

El modelo social occidental, en particular el de Alemania Occidental, atraía, probablemente, a la gente de Europa Oriental porque ambos polos tenían la suficiente fuerza de producir tensión: el polo del aprovechamiento racional del capital y el polo de las necesidades humanas. Se le dio al ámbito del mercado, lo que era del mercado. En el ámbito prepolítico, las asociaciones fuertes de empresarios podían vencer el conflicto con los sindicatos experimentados después de medir sus fuerzas por meses, encontrando una solución intermedia que, en la mayoría de los casos, correspondía también al interés general. Si bien en los grandes partidos populares actuaban ambos polos, pero en uno era más fuerte el polo del aprovechamiento del capital, y en el otro, más la necesidad de

seguridad y de justicia sociales, la necesidad de ser reconocido, y respetado. La tensión que repercutía en la vida social, mantuvo también la política en movimiento.

V.

Satisfacer las necesidades que trascienden las del mercado es primero asunto de la sociedad civil. Quien quiere jugar basketball o quien quiere cantar en un coro mixto, entra en una agrupación. Pero también se puede fundar una agrupación para restaurar una iglesia antigua o para hacer compañía a los moribundos. Para la sociedad civil casi no hay límites.

Cuando llegó el aristócrata francés Alexis de Tocqueville a Norteamérica hace 170 años, para estudiar las penitenciarias, se asombró por la tendencia y la capacidad de los norteamericanos de fundar agrupaciones. En las ocasiones en que sus paisanos franceses hubieran redactado una petición, dirigida a una autoridad o a una familia aristócrata, los norteamericanos hubieran fundado una agrupación. Así surgió una sociedad civil en la que hoy día se realiza mucho de lo que merece la denominación de política. Si la política trata de cómo quieren vivir los hombres, la sociedad civil es eminentemente política. En Estados Unidos es esta sociedad civil política la que permite que el Neoliberalismo funcione. En Rusia, que aún no ha generado ninguna sociedad civil, los dogmas neoliberales conducen al caos o al dominio de la mafia. La sociedad civil es capaz de conseguir mucho. Puede acelerar a las instituciones estatales, puede presionar a un parlamento, puede introducir nuevos temas en la discusión. También puede asumir una parte del trabajo de las autoridades, puede aceptar nuevas tareas que antes se pensaba que, obligatoriamente, incumbían al municipio o al Land (estado federado). Existe sólo una cosa que no puede realizar la sociedad civil: no puede sustituir la legislación y el gobierno. Probablemente, ningún mercado funcione sin sociedad civil. Pero el marco legal para el mercado únicamente puede ensamblarlo el legislador estatal.

El mercado convierte todo en mercancía, y las mercancías tienen su precio. Una política eficiente, en la sociedad civil o en los órganos estatales, procura que no todo se convierta en mercancía, que los hombres puedan sentirse reconocidos independientemente de lo que diga su recibo de pago. En una economía de mercado, la política impone al mercado un marco y ciertos límites. Las reglas del mercado no son válidas en otras instancias. En una sociedad de mercado, el hombre mismo se convierte, finalmente, en mercancía, en recurso humano, en capital humano.

En la sociedad de mercado, el mercado, sucesivamente, adopta las tareas centrales del Estado. Lo mismo se puede decir respecto a la seguridad. En Brasil o en Estados Unidos, uno tiene que ser lo bastante rico para poder pagar la seguridad, ante los altos índices de criminalidad, que pueden ofrecer las ciudades fortificadas dentro de las ciudades. Quienes únicamente dependen de la policía estatal, viven tanto más inseguros, cuanto más cerca habitan de los centros de la criminalidad. La seguridad ante la criminalidad se convierte en mercancía que unos cuantos pueden adquirir, mientras que la mayoría, no. En esta situación se ha perdido algo que pertenece, desde hace medio milenio, a los logros de la civilización europea: el monopolio estatal de la violencia. En África, la privatización de la violencia ha avanzado aún más: líderes de mercenarios enrolan, igual que en la Guerra de Treinta Años, sus ejércitos, los arman y viven del país que tienen ocupado.

VI.

En el modelo europeo, entonces, habría una economía de mercado en que los *citoyens* y *citoyennes* aún tendrían la voluntad y la fuerza de decidir políticamente cómo querrian vivir y cómo, definitivamente, no querrian vivir. Manifestarian e impondrían su voluntad tanto en la sociedad civil, como en las decisiones del Estado. Decidirían lo que el mercado puede y debe convertir en mercancía, lo que se reserva a la sociedad civil y dónde se requiere legislación y gobierno.

En un modelo de esta índole, quedaría lugar para el debate político. Cada mayoría podría poner otros acentos, incluso podría modificar el modelo mismo. Lo que es más, una constitución europea podría evitar el desplome de la tensión entre las necesidades del aprovechamiento racional del capital y de las necesidades humanas, relegadas por el mercado. Modelo europeo, significa, en primer lugar, una discusión sobria sobre lo que puede y debe aportar el mercado y lo que es asunto de la política. El modelo europeo no tiene como objetivo la armonía, sino el conflicto regulado. No existe "problema" a "resolver" sino una tensión que se debe aguantar. Que eso contradice nuestras costumbres de pensamiento, no es necesariamente una desventaja. Es peligroso amontonar todo bajo el rubro de "problema" y buscar, posteriormente, la "solución".

Si es cierto que, por lo menos, la democracia de Europa Occidental sacó su energía, su vitalidad, su atracción de la tensión entre el aprovechamiento racional del capital y las necesidades humanas, quiere decir también que no existe el sistema ideal en el que se diluyen todas las contradicciones para ceder a una armonía general. Un sistema tal no es ofrecido ni por una primera, ni por una segunda y tampoco por una tercera vía. Y si un sistema tal se pudiera encontrar en una cuarta o quinta vía, nos asombraríamos. De ninguna forma sería ideal porque nuestra democracia se relajaría, se atrofiaría y agonizaría. Porque la democracia vive de las tensiones, de los conflictos, de los intereses y de las fuerzas contrarias cuyo desarrollo y despliegue se permite bajo el trasfondo de un consenso constitucional.

Obviamente, estos conflictos consumen las energías; son, a veces, caros y casi siempre, molestos. Naturalmente, los partidos del conflicto a veces sucumben a la tentación de suspirar: ¡Qué bello sería el mundo si no existieran los contrincantes, los sindicatos, los patronos o el partido antagonista! Pero es un error. Cada bando necesita del otro.

Por lo tanto, la lucha entre las necesidades del aprovechamiento racional del capital y las necesidades humanas que no se pueden satisfacer en el mercado puede ser, a veces, ruda e hiriente, pero no puede ser la lucha entre enemigos con la voluntad de destruirse mutuamente que vislumbraba Carl Schmitt. Porque la destrucción del otro anticipa la propia destrucción. La política comprueba su competencia también porque siempre sabe dónde es competente y dónde no, lo que es asunto suyo y lo que, definitivamente, no le incumbe. La política democrática no puede funcionar sin el mercado, de la misma manera que el mercado no puede funcionar sin un marco establecido políticamente. ¿Cuáles son las delimitaciones de su competencia? Será siempre motivo de pleito. Y este pleito puede convertirse en el motor de la democracia.

La "Tercera Vía" sugiere que ya conocemos con bastante exactitud el rumbo y el destino del viaje. El modelo europeo sólo describe hacia dónde no queremos llegar bajo ninguna circunstancia, y describe cómo Europa, una y otra vez, puede encontrar su camino. Es, con relación al Neoliberalismo, más preciso que lo que se ha podido escuchar hasta ahora sobre la "Tercera Vía", pero, simultáneamente, es más modesto, y, por lo tanto, más realista. El futuro siempre está abierto. Pero también nuestra voluntad política pertenece a los elementos que lo acuñan.

El Revisionismo revisitado

La *Tercera Vía* y la Socialdemocracia Europea

Diciembre de 1999

Michael Ehrke

Contenido

¿Hay aún otro fantasma?

Nueva economía, nuevo estado de bienestar, nueva gobernabilidad
Una importación americana

La primera revisión: Modernización y justicia social

Una historia de revisiones: valores y programas
La primera revisión: La edad de oro de la Socialdemocracia

La transición hacia la sociedad post-industrial: la base de la "segunda revisión"

Globalización
La sociedad de información
"Shareholder value"
Una nueva clase baja
Un nuevo consenso económico
Individualización

La Tercera Vía: política socialdemócrata en una época de desigualdad

Modernización y americanización
Deber, "stakeholding", oportunidad, comunidad

Piedras angulares de la Tercera Vía

Eficiencia, empleo, justicia
Intereses
¿Pragmatismo o populismo?
Otra vez: deber, "stakeholding", oportunidad, comunidad
Racionalidad y regulación
¿Está la política aboliéndose a sí misma?

"En realidad, los partidos Whig y Tory son los que se dan naturalmente. Existen en todos los países, y se denominan con estos nombres, o con los de Aristócratas y Demócratas, Côté Droite y Côté Gauche, Ultras y Radicales. Conservadores y Liberales."

Thomas Jefferson al Marqués de Lafayette 1823

"El nombre es erróneo, el programa es vago, el uso, a menudo, oportunista; pero se vuelve cada vez más popular porque intenta contestar largas cuestiones."

John Lloyd, New Statesman, 19 de mayo de 1999

¿Hay aún otro fantasma?

La discusión de la Tercera Vía y el "Nuevo Centro" (Neue Mitte) está marcada por una paradoja: por un lado, ésta novedosa filosofía política atrajo enormemente la atención pública hacia un debate político fundamental, tanto en Estados Unidos como en Europa. La omnipresencia del tema ha motivado a algunos observadores a agregar a sus comentarios el prefacio "un fantasma recorre...". Por otro lado, la mayoría de los comentaristas coinciden en que el rasgo primordial de la Tercera Vía es la carencia de un mensaje específico. El único punto de anclaje es su demanda de estar situado "entre" o "arriba" del conservadurismo neo-liberal (la "nueva derecha") y el pasado político de aquéllos que apoyan la Tercera Vía (la "vieja izquierda").

El interés público, despertado hasta ahora por este debate, se puede atribuir a ciertas expectativas en el sentido de que la Tercera Vía pudiese constituir la primera respuesta no-defensiva de la izquierda respecto a los problemas - analizados más bien de forma vaga, y no precisa, y que una vez experimentados resultan desconcertantes - asociados con la transición de la sociedad industrial tradicional hacia un orden social post-industrial (no obstante, eso está por ser

definido). Esta transición se evidencia en la desintegración paulatina de toda una serie de arreglos, instituciones y tradiciones de la sociedad industrial: períodos estándar de empleo, horario laboral regulado por el contrato colectivo, previsión para la jubilación, perfiles normales de carrera, la regulación global keynesiana y el papel de los sindicatos. Como consecuencia, la política está obligada a proyectar nuevos arreglos, establecer nuevas instituciones y redefinir tradiciones, o está condenada a operar una forma de manejo permanente de crisis y a realizar cada vez más reparaciones de breve duración.

Ante todo, se espera de la política de la Tercera Vía que proporcione respuestas precisas a preguntas claras: ¿Qué tipo de previsión se debería proveer para la jubilación? ¿Cómo se debería reformar el sistema fiscal? ¿Cómo se pueden controlar los costos del sistema nacional de salud? Sin embargo, lo que también se espera de - y se ofrece por - la Tercera Vía, es una interpretación coherente de tendencias, inquietantes para nosotros, un proyecto (aunque sea vago) para el tipo de sociedad hacia la cual nos dirigimos o nos desplazamos, y una definición de las metas políticas para las cuales debemos y podemos luchar en un ambiente transformado.

Por principio, el neoliberalismo ya encontró estas respuestas: estamos experimentando una desintegración de las instituciones y tradiciones que constriñen las leyes del mercado. La sociedad industrial que sometió el trabajo a las leyes del mercado, transformando así radicalmente las relaciones sociales tradicionales, conservó, simultáneamente, una cantidad de tradiciones pre-industriales y las adaptó a sus necesidades (por ejemplo, la familia), pero, asimismo, creó nuevas instituciones (incluyendo el estado del bienestar), que ahora, aparentemente, quedan en segundo plano. La defensa de obstáculos del mercado heredados o recientemente establecidos se considera no sólo como un acto netamente quijotesco que ataca una ley natural de la evolución, sino también resulta moralmente sospechoso, porque sólo el mercado puede garantizar un óptimo reparto de los recursos y la producción y *distribución* de bienes.

Sin embargo, la perspectiva neoliberal no concuerda con la certeza intuitiva de que el mercado solo no puede asegurar la cohesión social, sino que debe existir un mínimo de estándares y estructuras, aceptado por la mayoría si se quiere prevenir que la sociedad se desmorone o regrese a un estado de anomía. Incluso los políticos neoliberales saben que pueden ser eficaces políticamente sólo si combinan su fundamentalismo del mercado con formas de fundamentalismo "basadas en la comunidad". Las victorias electorales de Reagan y Thatcher se debían no sólo a sus programas económicos, sino también al hecho de que se presentaron como fervorosos partidarios de la familia, inquebrantables patriotas y cristianos practicantes. Así, engancharon a su causa tradiciones, sistemáticamente minadas por su propia política económica - una contradicción lógica, según Anthony Giddens - que, por supuesto, se mostraron como un éxito político enorme.

Nueva economía, nuevo Estado de bienestar, nueva gobernabilidad

La Tercera Vía promete una interpretación política coherente del cambio social actual, asociado a soluciones para los problemas reales de nuestras sociedades. Pero hasta ahora, esta reivindicación drástica se combina con algunos conceptos, más bien trillados, que no destacan tanto por su novedad si no porque se declaran novedosos. Estos conceptos se pueden resumir aproximadamente como sigue:

- *Nueva economía:* abarca o, por lo menos, acepta la "globalización", incluyendo el consiguiente aumento de la desigualdad social;
- *Nuevo Estado de bienestar:* renuncia a las nociones tradicionales de bienestar y reemplaza los beneficios del bienestar bajo la apariencia de garantías materiales con la creación de "employability" (empleabilidad) para los individuos (el "Estado como facilitador");
- *Nueva gobernabilidad:* reemplaza las obligaciones materiales del Estado por una oferta de nuevas formas de "stakeholding" (n.d.t.: el término "stakeholding" se refiere a tomar parte y a estar interesado en un asunto).

La diferencia decisiva con el neoliberalismo se identifica generalmente como el papel activo (pero materialmente muy disminuido) del Estado ("el Estado no debería remar sino dirigir"). No se nos dice *con qué finalidad* el Estado debería usar sus instrumentos de regulación. No obstante, la cuestión decisiva, hasta ahora no resuelta por los protagonistas de la Tercera Vía, radica en la definición de *justicia* social. La justicia no es un problema para el neoliberalismo: la distribución primaria de bienes, poder y oportunidades por el mercado es, *por definición*, justa; corregirla por medios políticos no tiene sentido y es pernicioso. La Tercera Vía se presenta como una *salida* de las ideas de justicia, formuladas en el pasado por los Demócratas de los Estados Unidos y los Socialdemócratas europeos, pero se aferra al valor de la justicia social. Queda por verse si su único propósito es encubrir el fracaso en la definición de su propia noción de justicia, o si tal definición se está preparando.

Una importación americana

La filosofía de la Tercera Vía surgió en los Estados Unidos. Se desarrolló por las comisiones de expertos ("think-tanks") del ala conservadora del Partido Demócrata, los Nuevos Demócratas, y encontró su expresión en documentos políticos (a menudo no convincentes intelectualmente) como *La Tercera Vía: Una filosofía política para la era de la información*" o los *Proyectos para un nuevo siglo*". Más importantes que el análisis y la política en venta son los términos abarcados (oportunidad, responsabilidad, comunidad) - o más bien el manejo retórico al que se prestan. En Gran Bretaña, la Tercera Vía anunciaba la transición de Labour a New Labour y ganó una cierta amplitud y profundidad intelectual (en gran medida debido a los análisis de Anthony Giddens).

El "Nuevo Centro" (Neue Mitte) en Alemania se adoptó, de hecho, *a posteriori* - es decir, después de la victoria del SPD (siglas en alemán del Partido Socialdemócrata Alemán) en las votaciones - como variante de la Europa Continental a la Tercera Vía. Las conversaciones de reforma dentro y alrededor

del SPD, cuyas aportaciones, en muchos casos (como los trabajos por la "Comisión del Futuro" y por el "Managerkreis" (Círculo de Ejecutivos) de la Fundación Friedrich Ebert), tenían un cierto parecido con los postulados de la Tercera Vía, se realizaron bajo condiciones diferentes y con una terminología diferente. Pero después, el éxito electoral de Gerhard Schröder presentó una doble oportunidad: terminar con el aislamiento anglosajón de la Tercera Vía e introducir el "Neue Mitte" alemán al debate internacional.

A pesar de que los términos y temas preferidos por la filosofía de la Tercera Vía son similares en los Estados Unidos, el Reino Unido y la Europa Continental, se deberían tener en cuenta los siguientes aspectos:

Primero, Estados Unidos tiene una ventaja sobre Europa que se refleja en tasas de crecimiento altas, una tasa de inflación baja y un alto nivel de empleo, y también lleva la delantera en lo que se refiere a tecnología e innovación. Estados Unidos se considera (una vez más) como modelo. Ya que una de las metas de la política de la Tercera Vía y de "Neue Mitte" en Europa es cerrar este abismo, se caracteriza por un énfasis reformador que en Estados Unidos es menos marcado porque ellos ya llegaron a donde los otros esperan ir.

Segundo, las diferencias en la cultura política se deben tomar en cuenta. El abogado de la filosofía de la Tercera Vía en Estados Unidos, el Partido Demócrata, no es una fuerza política que pudiera entrar en la categoría de ala izquierda en la connotación europea del término. Los Demócratas no son un partido ideológico que tenga sus orígenes en las luchas de clase del siglo XIX y que se identifique con esta tradición. Pero esto sí se aplica a la mayoría de los partidos europeos, y en particular a la Socialdemocracia cuya *raison d'être* histórica fue la representación política de los menos privilegiados - obreros industriales o, más amplia y vagamente, empleados. Así que la meta de la Tercera Vía de *destraditionalizar la política* significa algo diferente para la Socialdemocracia europea, y para los Demócratas de los Estados Unidos. Forma

parte de un proceso de un siglo que se puede etiquetar como "revisionismo": es, como lo llamó Donald Sassoon con tanta anticipación, la "segunda revisión".

La primera revisión: Modernización y justicia social

Una historia de revisiones: valores y programas

La historia de la Socialdemocracia europea es la de *revisiones*. Para opositores del ala izquierda de la Socialdemocracia, el puro término "revisionismo" es un sinónimo de una acusación. Pero, en un mundo cambiante, cambiar un programa político no es un pecado mortal sino una condición para la supervivencia. La Socialdemocracia es "la única izquierda que quedó" ("the only left that's left"), justamente por la razón de que ha sido lo suficientemente flexible para tener en cuenta las transformaciones del ambiente social en su política. Pero la cuestión es si, a pesar de todas las revisiones, la política socialdemócrata mantiene todavía una dirección constante que justifique la alusión a una "identidad socialdemócrata".

Abogados de la Tercera Vía, dirigidos por Tony Blair, han encontrado este elemento constante en los *valores*: los valores son eternos, mientras que los recursos para plasmarlos en la práctica varían. Blair menciona como su repertorio de valores "democracia, libertad, justicia, obligación mutua e internacionalismo"; la *Propuesta para los Socialdemócratas de Europa*, publicada por Tony Blair y Gerhard Schröder, enlista "juego limpio y justicia social, libertad e igualdad de oportunidades, solidaridad y responsabilidad hacia otros". El nivel de abstracción elegido es tal, que seguramente cualquiera aprobaría este catálogo de valores (¿quién se declararía a favor de juego sucio e injusticia social, opresión y privilegios, egoísmo e irresponsabilidad?); por lo tanto, el término "valor" permanece demasiado impreciso para definir una posición política. Los valores asumen una relevancia política si están vinculados con una *evaluación* de la realidad social.

La *evaluación de la realidad social* es lo que ha dividido la opinión política en Europa desde la Revolución Francesa. La posición conservadora asevera que, en esta realidad, los valores, generalmente, se han llevado a cabo en un grado óptimo, tomando en cuenta las restricciones económicas y la naturaleza humana. La posición opuesta es que la aplicación de los valores sigue siendo inadecuada, y que este efecto puede y debe ser abordado políticamente. En otras palabras, la identidad de la Socialdemocracia no radica en la aprobación de "juego limpio y justicia social, libertad e igualdad de oportunidades, solidaridad y responsabilidad hacia otros", sino en la consideración de que estos valores no se han puesto en práctica realmente - o se ha hecho de forma insuficiente, dependiendo de la circunstancia - y por lo tanto, aspirando a cambiar la realidad social.

La tradicional polarización de la variedad de temas europeos no excluye la existencia de algunos que van más allá de la línea divisoria directriz (los problemas ecológicos son un claro ejemplo). Pero el reclamo de que "derecha" e "izquierda" son categorías históricas anticuadas, implica que la distribución existente de las oportunidades, del poder y de los recursos ya no se puede mejorar aún más, y que nadie desea mejorarlos ya. Pero mientras que la Socialdemocracia reta la visión de que hemos llegado al final del camino en lo que respecta a la justicia, su política tendrá que acatar, por lo menos, dos principios. No existe conexión lógica entre estos principios, pero ambos resultan históricamente de los orígenes de la Socialdemocracia en el movimiento trabajador y de su lealtad a la tradición de la ilustración.

El *primer* principio es el ya mencionado *compromiso con los menos privilegiados*. En el pasado, la política socialdemócrata partía del supuesto de que había diferencias sociales (y no solamente individuales), de que las oportunidades, el poder y los ingresos se distribuían de forma desigual, y de que se requerían esfuerzos políticos especiales para mejorar el destino de los menos privilegiados, en términos absolutos y relativos. La preocupación por los menos privilegiados significa automáticamente que *igualdad y desigualdad social se volvieron un*

problema. La desigualdad no se puede aceptar como un hecho dado, sino que debe ser legitimada por razones que todos los afectados comprendan (por ejemplo: porque los logros de los individuos son desiguales o porque, en una situación de desigualdad social, el destino de los menos privilegiados puede mejorarse con mayor rapidez que el de los más privilegiados).

El *segundo* principio yace en el supuesto de que la economía y la sociedad estén abiertas a una *influencia política racional*: que los individuos no estamos sujetos a las leyes del mercado como a las leyes de la naturaleza. Por supuesto, el alcance para ejercer la oportunidad para la regulación se modificó con el desarrollo del capitalismo mismo. En los primeros días, cuando se consideraron las crisis periódicas y la pobreza masiva como parte constitutiva del capitalismo, la planificación económica parecía ofrecer la única alternativa a la anarquía del mercado, lo que significaba que toda la economía debía ser regulada y nacionalizada políticamente, por lo que dejó de ser autónoma. Hasta el grado de que el capitalismo involucraba a los obreros en el proceso económico y - al mismo tiempo - actuaba de tal forma como si alejara las crisis económicas o limitara su efecto, el principio de la racionalidad se podía conservar incluso sin una planificación económica total. La exigencia por una regulación racional se desvió del proceso mismo de toma de decisiones económicas hasta modelar todo el ambiente en que se deben tomar las decisiones del mercado.

La primera revisión: la época de oro de la Socialdemocracia

El revisionismo de fines del siglo XIX borró de la agenda socialdemócrata la creencia en un socialismo como *final state of affairs* (estado final de los asuntos). La frase célebre de Eduard Bernstein *The means are the end* (los medios son el fin) hizo posible un proceso continuo de reformas en que se aplazó indefinidamente "The socialism as a state of affairs" (el socialismo como estado de asuntos), y su implementación práctica se abandonó explícitamente. En su momento, Bernstein fue incapaz de vencer la visión ortodoxa de que el capitalismo

avanzaba hacia una crisis final por la cual la Socialdemocracia podría introducir el Socialismo como un nuevo orden social. Sólo en los años 30, los Socialdemócratas escandinavos desarrollaron una política revisionista explícita, centrándose en la reforma dentro de un sistema económico considerado apto para pervivir a largo plazo. Los otros partidos socialdemócratas siguieron este ejemplo después de la Segunda Guerra Mundial.

El revisionismo de la Socialdemocracia europea era una reacción a la impresionante mejoría económica de las primeras décadas después de la guerra, la época de oro del capitalismo cuando las altas tasas de crecimiento y el pleno empleo aumentaron considerablemente los estándares de vida del electorado de la Socialdemocracia. Dos nociones paralelas de igualdad y de justicia empezaron a destacar. Primero, el principio del estado de bienestar o estado social por el cual a todos los ciudadanos, bajo cualquier circunstancia, se les debe asegurar una "existencia dignificada" (aunque definido como nivel mínimo), incluso en términos materiales. Para este fin, los gobiernos del partido Labour de la postguerra introdujeron un amplio sistema de beneficios estatales de asistencia ("desde la cuna hasta la tumba"), quitando de la esfera del mercado ámbitos sustanciales y fundamentales de la vida de los obreros; en Alemania, el SPD se apoyó en el sistema de seguro social ya operante (y que fue desarrollado con mayor amplitud por los gobiernos Cristianodemócratas de los años 50 y de los tempranos 60).

Segundo, todos los ciudadanos - incluso los antes menos privilegiados - ocuparon un lugar en la sociedad en un sentido material en que obtuvieron acceso a bienes de consumo antes restringidos a una pequeña minoría. La cuestión de la distribución encontró una solución dinámica: la distribución justa de los ingresos y bienes ni siquiera era un problema porque todos formaban parte de la dinámica de lo que parecía ser una próspera sociedad de consumidores que no tenía fin. Cada uno tenía la perspectiva de disfrutar más y mejores bienes de consumo en el futuro. Por lo tanto, el problema de una clase baja depauperada se volvió menos agudo: las circunstancias en la época de oro eran tales que la Socialdemocracia

pudo procurar, de forma creíble, conservar el orden existente sin renunciar a su compromiso con los menos privilegiados. Si todos participan de la prosperidad, se puede dejar atrás la noción socialista de la *propiedad o no-propiedad de los medios de producción* como la línea básica de división social.

Las circunstancias de la prosperidad de postguerra eran tales que la economía se podía manejar "racionalmente". El capitalismo - así parecía - perdió con la edad sus raíces en la anarquía del mercado y avanzaba hacia un nivel más alto de organización (confirmando así el análisis de Rudolf Hilferding del "capitalismo organizado", que data de los años 20). En un sistema de producción, cada vez más concentrado y centralizado, los empresarios privados fueron reemplazados por una casta ejecutiva tecnócrata que, así parecía, eran más abiertos a los criterios de racionalidad en el sentido de una regulación social total, que los propietarios de los medios de producción en el capitalismo competitivo. La "revolución ejecutiva" separó, formalmente, la propiedad de los medios de producción del poder de la toma de decisiones en cuestiones económicas. Los sindicatos obtuvieron derechos formales o informales de co-determinación; y el Estado, equipado con los instrumentos de regulación total y capaz de estabilizar el ciclo económico, era responsable de un porcentaje amplio y creciente del producto nacional.

En los años 50 y 60, la modernización económica y la justicia social eran compatibles porque la *distribución primaria* de los ingresos por el mercado permitió una mejora constante en la situación de los menos privilegiados. La base para ello fue la desintegración del sector tradicional y la migración de aquéllos empleados en este sector (que todavía sumaban el 50% del total de empleados en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial) hacia la industria manufacturera y hacia el sector moderno de servicio donde una productividad más alta significaba salarios más altos.^{iv} Del lado de la demanda, este movimiento migratorio correspondía a la industrialización del consumo masivo: mientras que en la primera mitad del siglo, hogares obreros normales consumían relativamente pocos

productos industriales y obtuvieron una proporción alta de sus bienes de consumo del sector tradicional, los trabajadores tenían ahora acceso a una gama creciente de bienes de consumo producidos industrialmente. *La distribución secundaria* a través de medidas del Estado era simple y llanamente una corrección directa de la distribución primaria que, en total, era aceptable y aceptada.

La transición hacia la sociedad post-industrial: base de la "segunda revisión"

La política de la Tercera Vía se entiende como una crítica a la Socialdemocracia en su época de oro. Igual que el revisionismo de la Socialdemocracia de la postguerra, responde a cambios en la sociedad con un cambio del programa político. En realidad, estos cambios no se pueden definir detalladamente, dado que pasamos un periodo indiscriminado de transición cuyos elementos "nuevos" se pueden detectar, en el mejor de los casos, en siluetas vagas. Hay ciertas *tendencias* que indican una dirección pero requieren de ser reinterpretadas, extrapoladas y consideradas irreversibles si realmente pueden ser un pronóstico para el futuro. Por lo tanto, se trata de hacer *suposiciones* sobre la transición, basadas parcialmente en interpretaciones popularistas de la situación que han hallado una cierta resonancia en los medios. Con esta calificación, una mezcla de afirmaciones sobre tendencias y descripciones de situaciones se funde en una imagen - todavía borrosa - de una "sociedad de servicios basada en conocimientos" (según el documento Schröder-Blair), "sociedad de información" o "modernidad reflexiva" (Anthony Giddens y Ulrich Beck). Según el discurso de la Tercera Vía, esta sociedad tiene las siguientes características.

1. Globalización

La globalización se ha convertido en el sello de la era actual (el grado de la comercialización internacional efectiva de bienes y servicios actualmente juega un papel secundario, al igual que el verdadero volumen de los movimientos de capital

transfronterizos). El término "globalización" y todo lo que significa es una exageración del hecho, conocido desde el tiempo del *Manifiesto Comunista* de Marx, de que el capitalismo tiende a trascender las fronteras nacionales. El nuevo drama de globalización resulta de dos hechos. Por un lado, el derrumbe del comunismo soviético dejó en ruinas el último refugio a gran escala de un sistema económico no-capitalista, pero reconocido como moderno. Por otro lado, la globalización se interpreta como proceso que, en países desarrollados, prescinde de algunos de los atavios principales de la sociedad industrial. Se cree que un mercado de finanzas y de capital globalizado impone restricciones rígidas sobre la política nacional monetarista y fiscal; del mismo modo, una estrategia global de reparto de parte de las compañías proporciona medidas de política de empleo y estructurales de forma ineficaz. En la era de la globalización, las naciones han devenido en meros sitios de negocios y sus gobiernos se ven reducidos a aceptar o anticipar las decisiones del mercado.

En términos sociales, la globalización sirve para marcar más la división entre aquéllos que pueden transferir sus recursos (capital o trabajo altamente calificado) más allá de las fronteras nacionales, llevándolos a donde la demanda es mayor, y aquéllos que no lo pueden hacer o sólo lo pueden hacer en un grado limitado, por ejemplo por migración (aquéllos que únicamente poseen su fuerza de trabajo).

2. La sociedad de información

El término de "sociedad de información" o "sociedad de conocimiento" es tan vago como el de "globalización". Se refiere a la importancia creciente de la información como un impulso económico (comparado con trabajo, capital y materias primas). Esta tendencia es evidente por la proporción creciente de sectores y compañías que:

- a) producen información (software, ingeniería genética, etc.), opuesto a bienes materiales; o

b) manejan, transmiten o procesan información, la insertan en bienes materiales, etc.

El progreso de la sociedad de información es evidente, en primera instancia por la forma en que las compañías son evaluadas por el mercado de valores: en los años 90, el potencial innovador - supuesto por el mercado - de las compañías (más que sus bienes fijos) se volvió el criterio de evaluación más importante. Microsoft, la compañía con el valor más alto de mercado en el mundo, le ganó la delantera a General Motors; una casa de subastas de Internet de California se comercializa tan alto como BMW. Los bienes "intangibles", es decir, los bienes intelectuales de las compañías, han minimizado - o incluso revertido - la importancia del tamaño de la compañía, el volumen de ventas, el capital fijo y el empleo. El impulso de un nuevo conocimiento, anteriormente un fenómeno secundario que acompañaba, ocasionalmente, el desarrollo económico, se ha vuelto actualmente un criterio para el valor de una compañía en el mercado, y, por lo tanto, un prerequisite permanente de una empresa exitosa.

En este contexto, también el trabajo se evalúa de forma diferente. Las actividades que contribuyen a la innovación se valoran y recompensan mucho más que las actividades rutinarias. Robert Reich acuñó el término *symbols analyst* (analista de símbolos), refiriéndose a aquéllos que están empleados en la dirección, la investigación, el desarrollo, la consultoría, las finanzas, la información o la mercadotecnia, en contraste con los empleados en la industria manufacturera y en los servicios tradicionales - una polarización que parcialmente coincide con aquélla entre los propietarios de recursos móviles e inmóviles. Según Reich, en Estados Unidos existe un abismo creciente de ingresos entre los analistas de símbolos y los trabajadores habituales.

Resulta agresivo el pronóstico de una polarización progresiva entre una minoría de ganadores prósperos y una mayoría de perdedores, producto de la modernización. No obstante, trae a colación el asunto de un nuevo patrón de desigualdad, que no

está relacionado únicamente con la propiedad o la no-propiedad de los medios de producción, pero que tampoco puede ser atribuible simplemente a diferencias de rendimiento. En la sociedad de información, el rendimiento no sólo se recompensa conforme a las habilidades y el desempeño laboral, si no que contiene un elemento adicional: el bono pagado por el mercado por el "éxito" (únicamente hay que pensar en los ingresos de los futbolistas o los salarios de los ejecutivos) constituye ahora una proporción mucho más alta de los ingresos que en los años 50 ó 60.

3. *Shareholder value*

Las predicciones hechas en los años 60 respecto a que la producción será dominada, cada vez más, por grandes consorcios y de que los ejecutivos tecnócratas sustituirán a los empresarios, han fracasado. Las empresas pequeñas, en contraste, han sido los impulsores económicos de los años 80 y 90. No ocurrió la burocratización de la economía por gigantes corporativos; en lugar de ello, compañías grandes han buscado emular el dinamismo de empresas pequeñas al dividirse en centros de ganancias autónomos y competitivos. Pero sobre todo, la "revolución de los ejecutivos" (si alguna vez existió) no derrocó a los empresarios; el "capitalismo ejecutivo" dio lugar a un nuevo énfasis de "empresa", en el sentido de atribuir la máxima prioridad a obtener ganancias. Se comprobó que la preocupación de Josef Schumpeter carece de fundamento, preocupación que temía que la burocratización del gran negocio ahogaría, finalmente, las energías creativas/destructivas de la empresa privada, al igual que las esperanzas de algunos Socialdemócratas respecto a que la revolución ejecutiva anunciaría una nueva forma organizativa más racional del capitalismo, capaz de contener la anarquía del mercado.

La degradación hecha por los revisionistas socialdemócratas de la propiedad de los medios de producción como línea divisoria principal en la sociedad ha sido invalidada por los "shareholders" (accionistas). El renacimiento de la "empresa" se

refleja en un nuevo énfasis sobre el "shareholder value" (valor de la acción para el accionista) como único objetivo de una compañía al cual se subordinan los intereses particulares de la dirección, del personal y otros "stakeholders" (partes interesadas).

4. Una nueva clase baja

El nuevo ambiente económico generalizado está produciendo una nueva clase baja: la de los desempleados, de los "pobres que trabajan" ("working poor"), de los "que, aparentemente, trabajan por cuenta propia", de los "trabajadores eventuales", etc. Nuevos mecanismos de exclusión entran al juego, produciendo el efecto de que el progreso "de conjunto" ya no es sinónimo del progreso para todos o para una gran mayoría. La esperanza de los Socialdemócratas, nacida en los años 50 y 60, de que la modernización y la justicia social fueran dos caras de la misma moneda, ha resultado una quimera en este nuevo ambiente. Según muchos observadores, el surgimiento de una nueva clase baja, excluida del proceso económico, se puede atribuir a la innovación tecnológica y organizativa en las compañías (y, en medida creciente, también en el sector público), que procuran, sistemáticamente, reducir la "poca actividad"; es decir, cualquier recurso no-utilizado o utilizado por debajo de su capacidad, o de reducir costos a través de nuevos arreglos organizativos. Otros argumentan que la globalización presiona los ingresos de los menos calificados e inestabiliza las condiciones de empleo. Bajo estas circunstancias, la desigualdad ya no puede justificarse, como en la época de oro, pretextando que es la base que crea los medios para mejorar el destino de aquéllos menos afortunados.

En comparación con la dinámica de los sectores económicos en los años 50 y 60, ocurre lo opuesto: la industria manufacturera, con su alta productividad y sus sueldos potencialmente altos, crea cada vez menos empleos. Este desarrollo provoca un doble movimiento entre la fuerza de trabajo: algunos logran subir a los niveles más altos de la "sociedad de servicios basada en el conocimiento",

transformándose en los analistas de símbolos descritos por Robert Reich; pero un grupo más grande se ve obligado a descender al sector de servicio ordinario menos productivo. Del lado de la demanda, esta tendencia está conectada con el consumo creciente de servicios ordinarios; para que estos servicios puedan ser costeados por los individuos - se podría aducir este argumento - los ingresos de los que están suministrando deben diferir de los ingresos de los posibles compradores. La distribución primaria del nuevo estilo ya no provee ningún espacio para la justicia social en el sentido de progreso material; es decir, más y mejores bienes de consumo para todos.

5. *Un nuevo consenso económico*

Un consenso económico, forjado bajo los gobiernos conservadores de los años 80 y considerado como irreversible, se ha apoderado de los países industrializados. Un aspecto de este consenso es que la inflación debe evitarse a todo costo, y que los impuestos y la deuda pública no deben aumentar. Obliga a cada uno de los Gobiernos Socialdemócratas a una política monetarista y fiscal orientada hacia la estabilidad. Cada vez menos, la política económica se ajusta al imperativo de aumentar el *ingreso*; mientras que cada vez más, al de proteger los *bienes*. Por lo tanto, las restricciones resultantes del sistema global económico y financiero, están compuestas por una certeza de las limitaciones causadas por consideraciones políticas electorales e internas que corren por caminos iguales. Por esta razón, cualquier intervención del Estado se reduce a lo que es compatible con la garantía de la estabilidad financiera y de una disminución - nunca de un incremento - de la carga fiscal. El espacio para la corrección de la distribución primaria está restringido en este aspecto también.

6. *Individualización*

Un *proceso de desplome o de desintegración*, virtualmente universal, se advierte en las sociedades modernas industriales o de información: el desplome de las

tradiciones, de los estilos de vida, de los sistemas de valor, de los círculos sociales, de las comunidades y de los términos normales de empleo. Los teóricos de la modernización, como Ulrich Beck y Anthony Giddens, describieron este proceso como la "modernización reflexiva" o la "des-tradicionalización". El desplome de la tradición incrementa la importancia del individualismo: lo que antes había sido impuesto por la tradición, ahora se ha convertido en una opción. Los perfiles de las carreras se definen menos por la tradición, y son menos previsibles que en el pasado: si alguien llega a ser un alto ejecutivo o un recolector de basura, depende de su propia responsabilidad; al igual que su elección de un estilo de vida adecuado. Incluso la vida familiar se ha convertido, actualmente, en una de varias opciones. Sin embargo, la individualización de los estilos de vida no ha resuelto (como sugieren, a veces, los teóricos de la edad moderna) la "antigua cuestión social", sino que únicamente la ha enmascarado. El incremento de la libertad de opción discrepa con el requisito, impuesto por el mercado laboral, de que los individuos deben ser flexibles; es decir, que pueden escoger opciones compatibles con su propia "employability" (empleabilidad).

Para la política socialdemócrata, el proceso de individualización es pertinente en dos formas:

Primero, la tradición o los estándares colectivos ya no moldean las actitudes políticas; a menudo, se lamentaban las consecuencias del desmembramiento de las comunidades tradicionales de la clase obrera, para las perspectivas electorales de la Socialdemocracia. Generalmente, la relación entre el status social y las inclinaciones políticas ya no es, aparentemente, tan predecible como antes; ser un empleado asalariado ya no predispone a una persona a favorecer a la izquierda: que alguien maneje un carro o críe perros de pelea, podría ser más relevante para su comportamiento en las urnas que su status social. Sin embargo, si el status social ya no se asocia con una opción política en particular, apenas obtiene puntos el partido que quiera ganar las elecciones dirigiéndose principal y básicamente a los empleados asalariados. Es más, tener como blanco a electores

potenciales en su posición de perdedores sociales podría, de hecho, provocar reacciones negativas.

Segundo, la Socialdemocracia, como partido de gobierno, ya no puede dirigirse, sin ambigüedad, a una enorme cantidad de trabajadores con perfiles laborales, más o menos estandarizados. No obstante, todo el estado de bienestar está basado en que la mayoría de la población tiene vidas laborales predecibles.

La Tercera Vía: Política socialdemócrata en una época de desigualdad ***Modernización y americanización***

La política de la Tercera Vía es un *programa de modernización* (baste contar el número de veces que aparece el uso de la palabra "moderno" en el documento Schröder-Blair) y, hasta cierto grado, un programa de americanización. Para la Socialdemocracia, no es nuevo en absoluto presentarse como el partido de modernización y de americanización. Eso vale también para el revisionismo de los años 50 y 60. Los gobiernos Labour bajo Harold Wilson (1964-1971) y James Callaghan (1974-1979) llegaron al poder con el objetivo, proclamado por ellos mismos, de enderezar el déficit de modernización de Gran Bretaña; el mismo tema se evoca en el "Modell Deutschland" (Modelo Alemania) del SPD. Lo que es nuevo, son las connotaciones a las que el término "moderno" está asociado.

(1) Como ya se mencionó, en los años 50 y 60, la modernización económica y la justicia social se podían considerar como dos caras de la misma moneda. Esta conexión se ha ido perdiendo desde entonces. La aparición de una clase baja de desempleados (en Europa Occidental) o de los "pobres que trabajan" (working poor) (en los Estados Unidos) prueba que no todos participan ya hoy día en la dinámica de la economía. La justicia social sigue siendo un "valor", y se menciona, efectivamente, en el documento de Schröder-Blair, pero el mensaje tiende más a presagiar un desmantelamiento de los mecanismos de la seguridad social. En las declaraciones políticas de los protagonistas de la Tercera Vía, el Estado renuncia a la mayoría de los instrumentos aplicados en el pasado que tratan de asegurar la

justicia social; se abstiene de inmiscuirse en los poderes de toma de decisión de la industria privada, y dada la obligación de estabilidad financiera, ya no puede enfrentar las obligaciones materiales que solían estar ir de la mano con la garantía de la justicia social. La cuestión de la distribución, conectada íntimamente con la de la justicia, ahora sólo es un tema en la medida en que las nociones "tradicionales" de redistribución reciben el criticismo.

(2) En los años 50 y 60, América era el modelo de una sociedad de consumo progresiva y, con creces, igualitaria. Salarios altos que no se podían comparar con lo que Europa ha visto en muchos años, eran el sello principal del modelo americano en aquel entonces. La expansión del estado de bienestar europeo en los años 50 compensaba, parcialmente, el hecho de que las economías de Europa (aún) no podían pagar los niveles de los salarios americanos. Hoy día, muchos identifican el modelo americano con desigualdad de ingresos (con altos niveles de empleo), un mercado laboral flexible y un alto componente privado para la seguridad social.

El desacoplamiento de la modernización y de la justicia social se proclama con tanta claridad en los documentos de la Tercera Vía como sólo puede ocurrir en las declaraciones políticas. En el futuro - si está implicado - estaremos confrontados con una desigualdad creciente que no sería contrarrestada por algún programa socialdemócrata de armonización. La forma (limitada) de igualdad que era posible en la era dorada de la sociedad industrial, ya no se puede mantener en la sociedad postindustrial.

Deber, stakeholding, oportunidad, comunidad

Por lo tanto, surge un nuevo problema de legitimación: Sin un mínimo de justicia social, o sin la convicción de una parte lo suficientemente grande de la sociedad de que la justicia se realiza más o menos, se amenaza la cohesión social, a largo plazo. Existe el riesgo de un abandono masivo de cooperación, hasta el grado de llegar a abusar deliberadamente los beneficios del Estado, la

evasión fiscal, el trabajo informal y la criminalidad. ¿Qué legitimación equivalente ofrece la política de la Tercera Vía si la igualdad y la justicia, en el sentido tradicional, ya no figuran en la agenda?

Una respuesta, de los New Democrats y de Tony Blair, en particular, es una *promoción de la moral* o una *moralización de la política*. Si la distribución en la sociedad actual, políticamente, ya no se puede optimizar - o si su desarrollo es óptimo bajo las circunstancias dadas - las deficiencias ya no se pueden atribuir a imperfecciones que puedan ser extirpadas en la sociedad, sino sólo a defectos morales de los individuos. Aquí se dirige el imperativo moral primero y sobre todo a las víctimas eventuales de la modernización, a los destinatarios de los subsidios de bienestar cuya obligación de aceptar una capacitación o un trabajo se subraya a menudo. Entre menos probable es la perspectiva de "buenos trabajos" (es decir, empleo medianamente seguro y aceptablemente pagado), más fuerte es el énfasis que se pone en esta obligación. La retórica del deber se aplica tanto a la función socializante de trabajo regular, como a su opuesto - "duro contra el crimen y duro contra las causas del crimen"; es decir, para casos en que la socialización a través del empleo remunerado no resulta exitosa.

Una segunda respuesta es un nuevo *énfasis en "stakeholding"*. Si no puede haber una perspectiva de "buenos trabajos" con pago "justo" para los desempleados, su participación en la vida laboral se asegura, por lo menos, mediante una forma de gratificación no-material, sobre todo por el hecho de pertenecer al mundo laboral. Pero no sólo gente que recibe subsidios debería volverse "stakeholders"; la invitación se extiende a toda la sociedad. Un mayor involucramiento - a nivel local o, como en Bretaña, a través de la devolución de los poderes a Escocia y Gales - se interpreta como una compensación parcial de la reducción de las obligaciones materiales del Estado. La retirada del Estado incrementa los poderes de la célebre "sociedad civil", y por lo tanto, se puede interpretar como un acto de democratización.

Una tercera respuesta es para enfatizar la *oportunidad*. Ya que existe poca probabilidad de obtener la justicia social en el sentido tradicional, y todavía menos de alcanzar la "igualdad del resultado", todo lo que queda es el principio liberal de justicia - igualdad de oportunidad - y, consecuentemente, legitimar la desigualdad como el resultado de éxito desigual. Si cada uno tiene las mismas oportunidades, cada uno, de igual medida, tiene la responsabilidad individual para el provecho que está obteniendo de sus oportunidades. No se requieren mecanismos compensatorios extras. Este principio meritócrata hiere, de hecho, una cuerda sensible. Sin embargo, el problema es que la igualdad de oportunidades únicamente se anuncia, pero nunca se realiza. Las oportunidades iguales no existen cuando unas cuantas personas heredan millones, y otros no. Thomas Jefferson quería redistribuir toda la tierra cultivable cada cuarenta años, para darle las mismas oportunidades a cada generación; un poco menos radical, Bruce Ackerman exigió que se le den a cada americano adulto 80,000 dólares como forma de iniciarse en la vida (los fondos provendrían de un impuesto sobre el patrimonio), para efectuar un paso más hacia la igualdad de oportunidades.⁵ Pero, en realidad, los liberales y los neoliberales se resignan al hecho de que su principio de justicia - igualdad de oportunidades - no significa nada en la práctica.

Una cuarta respuesta, sobre todo en los Estados Unidos y en el Reino Unido, yace en un nuevo *énfasis en la comunidad*. En este rubro, la Tercera Vía ha sido influenciada por el Movimiento Comunitario que ha sido rotundamente crítico tanto del individualismo emancipatorio después de los movimientos de los años 60, como del egoísmo calculatorio de los sujetos del mercado, representados en la política neoliberal. El Movimiento Comunitario y la filosofía de la Tercera Vía coinciden en su rechazo de la nacionalización de las relaciones locales por los burócratas estatales anónimos, pero difieren entre sí en su juicio acerca del mercado. El documento de Schröder y Blair utiliza un lenguaje claro: "Apoyamos una economía de mercado, no una sociedad de mercado." Pero permanece confuso respecto a dónde termina la jurisdicción del mercado y dónde empieza la de la sociedad, y qué principios, supuestamente, determinan la segunda.

Piedras angulares de la Tercera Vía

Eficiencia, empleo, justicia

La Tercera Vía persigue dos objetivos: *primero, incrementar la eficiencia económica*. Eso no es nada nuevo para la socialdemocracia europea; la única novedad es, sobre todo, la energía con que se proclama esta obligación: una energía impulsada por la realidad o por la percepción de la globalización. Incrementar la eficiencia se considera, primordialmente, como una tarea de las compañías privadas que, bajo la presión del mercado, no tienen otra opción que la de volverse más eficientes. Un segundo elemento nuevo es la confianza que algunos Socialdemócratas depositan en las compañías privadas y en el mercado como "máquinas de eficiencia". Aquí existe una diferencia marcada con la política de los gobiernos socialdemócratas en los años 60 y 70 (esto se aplica, en particular, a los gobiernos Labour de Wilson y Callaghan), que todavía asumieron que el Estado tiene que crear el ambiente adecuado para *obligar* a las compañías a incrementar su productividad y su eficiencia. En el "Modell Deutschland" del SPD, esta obligación surgió, entre otras razones, a causa de los salarios altos, negociados en base a una industria mixta, que hizo imposible para las compañías descuidar su productividad. Según el proyecto de la Tercera Vía, el papel principal del Estado es asegurar que los ejecutivos y los accionistas no pierdan debido a costos excesivos y deficiencias en la infraestructura o en el sistema educativo.

El segundo objetivo es promover el empleo. No obstante, los protagonistas de la Tercera Vía se despojaron de los instrumentos tradicionales principales de la política de empleo: (1) El manejo de la demanda, que causa altas tasas de crecimiento y un incremento del empleo, se considera problemático; a pesar de que la regulación global ha sido evaluada como capaz de compensar las fluctuaciones cíclicas extremas (así dice el documento Schröder-Blair), cualquier esperanza de que la economía se podría estimular sobre una base duradera por el manejo de la demanda se desvanece ante la obligación de mantener la estabilidad financiera y por la dependencia del crecimiento interno de factores

externos. (2) Tampoco el Estado puede funcionar como "patrón como último recurso", dado que el gasto resultante se debería consolidar con impuestos más altos y/o deuda pública. Ya que las compañías no pueden ser obligadas a crear puestos de trabajo, la única solución es reducir los salarios y los costos no relacionados con los salarios. La fórmula mágica de la época de oro de la Socialdemocracia (de peso especial en Alemania) - de que salarios altos y una productividad alta (y por lo tanto, ganancias altas) son interdependientes - ya pasó de moda. Las compañías ya no necesitaban más el "látigo de la productividad" de los salarios altos, porque la competencia global elimina las zonas de protección nacional y obliga a todas las compañías a incrementar la productividad; y los trabajadores ya no requieren del incentivo de salarios altos, porque la presión del desempleo es motivación suficiente para volver innecesarios los incentivos monetarios especiales para el trabajo. Simultáneamente, la Tercera Vía ofrece medidas de capacitación y una reforma del seguro de desempleo que refuerza el estímulo de aceptar un trabajo, incluso sin incentivos monetarios, y vuelve a la gente capaz de ser empleable y con voluntad de trabajar.

El proyecto de la Tercera Vía - o como sugeriría más bien su criticismo del "tradicionalismo" socialdemócrata - acepta la segmentación de la sociedad en: a) los propietarios de capital (incluyendo obreros que poseen capital) y aquéllos que poseen habilidades, altamente apreciadas por el mercado, y b) gente que únicamente posee su propio trabajo "sencillo", anticuado en términos de habilidad y fácilmente sustituible - el factor clave en ello es que los ingresos de los dos segmentos ya no se relacionan de forma dinámica. Mientras que los ingresos de los propietarios de capital y de aquéllos que poseen habilidades altamente apreciadas no son un tema a discutir, se supone que la prosperidad (incluyendo la seguridad social) de aquéllos que poseen trabajo "simple", o bien descenderá, o, por lo menos, no mantendrá más el paso con el aumento general de prosperidad. Para aquéllos que son flexibles, la Tercera Vía ofrece un programa de gratificación, otorgándoles una mayor competencia para tomar decisiones y liberándolos de las obligaciones impuestas por las instituciones y tradiciones de la

sociedad industrial; para los menos flexibles es un programa educativo; es decir, trata de adaptar una población que no tiene la suficiente movilidad y flexibilidad, al nuevo ambiente. Los temas clave de la Tercera Vía - la importancia primordial de la educación como vía para mejorar la "empleabilidad", el énfasis en las responsabilidades y los deberes (de los que reciben subsidios) y la muy alabada "cultura de la independencia" - son elementos de una lección educativa para el público. No son las compañías privadas quienes impiden una modernización, sino una población protegida por instituciones anticuadas, que ignora nuevas oportunidades y expectativas, y que es demasiado apegada a la tradición o, en otras palabras, no se le puede desplegar de la forma más eficiente. Dado que la población ya no se puede hacer más flexible por el incentivo de ingresos más altos y crecientes, este incentivo se sustituye por una retórica del deber, de hechos innegables y, quizás, de amenazas tácitas.

En teoría (y no necesariamente en la práctica), la Tercera Vía remite a un segundo plano el principio de la justicia social, hasta el grado de aplicarlo a la distribución de ingresos, no obstante de que sigue manteniéndose en la lista como "valor". La noción de justicia de la era industrial, despedida ahora - disponibilidad creciente de los bienes de consumo para todos y una protección (mínima) en todas las etapas de la vida - es, en todo caso, específico del tiempo y, de ninguna manera, la encarnación de la justicia *per se*. La cuestión es si la Tercera Vía puede y quiere proponer algo nuevo que no se refiera de forma negativa a lo que se suministró por la sociedad industrial "vieja", sino que lo reformula bajo nuevas y distintas circunstancias. Ya que la Tercera Vía no se presenta como una construcción teórica autónoma, sino como un proceso inconcluso, no todo está perdido. La disyuntiva respecto a si la Tercera Vía es un acercamiento realista para actualizar la política socialdemócrata, o si es una regresión a los días anteriores al neoliberalismo (en la medida en que sustituye los componentes libertarios del último con la retórica de un Estado autoritario "nodriza"), depende de la respuesta a cuatro preguntas clave.

1. Intereses

¿Cómo maneja la política de la Tercera Vía los *intereses* sociales? Hasta ahora, los políticos de la Tercera Vía no se han definido explícitamente en los periódicos o las revistas como representantes de intereses *específicos*. No se refieren a intereses específicos, sino al "nosotros" de una nación transformada en una comunidad cohesiva y moldeada uniformemente por la globalización. La frontera interna entre aquéllos que pertenecen al "nosotros" y aquéllos que no, se traza entre aquéllos que son competentes, flexibles, preparados para ser flexibles, tomar riesgos y cargar con la responsabilidad, por un lado, y los ociosos y receptores de subsidios, por el otro lado (mientras que la representación socialdemócrata o de los sindicatos de los intereses es desplazada por anticuada). Sin embargo, los valores citados por Schröder y Blair ("justicia social" y "solidaridad") reconocen implícitamente, por lo menos, la existencia de gente "más fuerte" y "más débil", y, por lo tanto, de una línea divisoria entre la sociedad. Todavía no es posible detectar la actitud de los políticos de la Tercera Vía con relación a esta línea divisoria, ni en su programa ni en la práctica. La supresión brutal de los beneficios de bienestar estatales ("bienestar como lo conocemos") en los Estados Unidos, no es necesariamente un precedente, dado que la iniciativa no partió del gobierno, sino que vino del Congreso, dominado por los Conservadores. En Gran Bretaña, la política del gobierno de Blair parece seguir, en la práctica, un camino más cercano a los conceptos socialdemócratas tradicionales, que como lo sugiere la retórica de la Tercera Vía. Como sucede a menudo, existe una tensión entre el programa y la realidad, a pesar de que la discrepancia usual - donde la política práctica fracasa en el cumplimiento de los objetivos elevados del programa -, en un sentido, ha sido desvirtuada: las cosas no están tan mal en la práctica como el programa, de hecho, lo implicaría.

2. ¿Pragmatismo o populismo?

¿Cómo se puede neutralizar la *tensión entre la retórica populista y el pragmatismo radical* tan característica de muchos documentos de la Tercera Vía? Un elemento del acercamiento crítico a la tradición socialdemócrata es la necesidad de aligerar la carga sobre la política. Los problemas nuevos requieren tomar en cuenta nuevas soluciones, y la perspectiva no debería estrecharse por la falta de visión de la tradición. Incluso debe examinarse si son aptas ciertas soluciones, anteriormente identificadas con los rivales políticos; la experiencia internacional se debe adoptar. Desde este punto de vista pragmático, la Tercera Vía es "revisionismo constante" (Tony Blair), un proceso largo de ensayo y error en el que se intentan y prueban varias opciones políticas. Pero, simultáneamente, el pragmatismo impuesto por las circunstancias está cubierto y socavado por el dogmatismo populista. Esta variante populista (que, por ejemplo, se percibe en la retórica de tinte religioso de Tony Blair") busca brillar sobre la contradicción entre modernización y justicia. Esta versión de la Tercera Vía imita al neoliberalismo en dos aspectos: adoptando su fundamentalismo de mercado y fusionándolo con otros fundamentalismos (familia, nación, comunidad, etc.). En Alemania, el populismo estridente está dominado por referencias, no a valores religiosos, familiares o nacionales, sino a la nación como una comunidad económica que tiene que defender su prosperidad en vista de las demandas de otras naciones.

3. Una vez más: Deber, stakeholding, oportunidad, comunidad

Si la justicia social ya no se podrá obtener a través de la *redistribución* tradicional, ¿con cuánta seriedad toman los políticos de la Tercera Vía los equivalentes arriba citados: moral, stakeholding, oportunidad y comunidad?

a) La *moralización de la política*, el énfasis en los deberes y la responsabilidad hacia la sociedad, no se dirige a los ricos y poderosos (que ya cumplieron con su obligación), sino a aquéllos que dependen del estado de bienestar. Éste ha sido.

desde hace un siglo, básicamente el mensaje dirigido a los menos privilegiados que deben aceptar sus desventajas materiales y buscar una forma de gratificación secundaria al cumplir su deber. El deber más importante es un empleo lucrativo, que deberá ser incentivado no por una recompensa material atractiva ni por la satisfacción en el trabajo, sino por el sentido del deber. En lo que a esto respecta, la moralización de la política es una regresión hacia una era no sólo anterior a la tradición socialdemócrata (que siempre era el adalid de los derechos de los perjudicados en particular), pero incluso anterior al liberalismo político, que dotó de derechos inalienables a los individuos, pero declaró que la moral era su asunto particular. En el discurso de la Tercera Vía, la moralización de la política demuestra un fondo autoritario, dirigido más en contra del resultado (posiblemente ambivalente) del movimiento emancipatorio de los años 60 y 70 (que muchos políticos de la Tercera Vía aprobaron) que en contra del egoísmo de los asuntos calculados del mercado.

b) La oferta de *stakeholding* es ambigua. Los derechos democráticos de participación se establecen constitucionalmente; el papel del Estado es auspiciarlos y, quizás, ampliarlos, pero no presentarlos como un sustituto de los beneficios materiales. En la política de un organismo centralizado, puede ser sensato y necesario, por supuesto, devolver la responsabilidad a los organismos locales y regionales, dotándolos de más derechos y más recursos; lo que es más, sin lugar a duda, muchos problemas pueden resolverse más eficazmente gracias a una cooperación espontánea entre ciudadanos que por la administración del Estado. Pero *stakeholding* no puede ser un sustituto para el ingreso. Los participantes activos en la "sociedad civil" son generalmente personas que han resuelto en mayor o menor medida sus problemas materiales; incluso, son más bien maestros asalariados que choferes de camión que trabajan, aparentemente, por cuenta propia. Una política con una tendencia de reducir la seguridad del trabajo y de tolerar un sector de bajos salarios, mina, de forma indirecta, las reglas básicas para una sociedad civil que funciona y, que, supuestamente, libera al Estado de sus funciones sociales.



mayoría de edad, una cantidad de dinero lo suficientemente grande para poner la primera piedra de una fortuna) se afectaría apenas el escenario actual de distribución; pero causaría la impresión de un arranque igual en la vida y permitiría crear, por lo tanto, una clase de "stakeholders" entusiastas. Si se pudiera convencer a los políticos de la Tercera Vía de aplicar estas reformas, u otras igualmente radicales (es decir, si, a diferencia de los Liberales, ellos fueran a tomar seriamente las promesas de justicia del Liberalismo), esto, probablemente, compensaría con creces su despedida de la creencia tradicional en la justicia.

(a) El *espíritu de comunidad* proclamado por los protagonistas de la Tercera Vía, toca el problema central de una sociedad que trabaja bajo el imperativo auto-impuesto de la flexibilización. Como mostró Richard Sennet, un estilo de vida flexible coloca incluso a los ganadores de la modernización en una situación donde ellos mismos ya no pueden comprender cabalmente sus perfiles de carrera, abandonados para transmitir una interpretación coherente a sus hijos. La flexibilización entra en conflicto con la formación de cada comunidad, incluso y en particular, con la familia. Anthony Giddens ha declarado que la tarea primordial de la política es preservar, fomentar y, donde sea apropiado, incluso inventar (o reinventar) relaciones de solidaridad de cada tipo. Aquí, según Giddens, la Tercera Vía debería vestir el manto conservador y ayudar a preservar a las comunidades tradicionales (aun que en una forma no tradicional). El problema es demasiado esencial como para ser resuelto por medio de una nueva ley sobre asociaciones o mediante el incremento de subsidios para los hijos. Enfatizando comunidad e "inclusión", los abogados de la Tercera Vía reconocen que la base comunitaria de nuestras sociedades está bajo amenaza. Pero la mayoría de las estrategias que persiguen - bajo el dictado de la globalización - aceleran la desintegración de las comunidades.

4. Racionalidad y regulación

¿Dónde insisten los protagonistas de la Tercera Vía en el *principio de la racionalidad*, que (junto con la cuestión de la igualdad y de la desigualdad) era un elemento constante de la política socialdemócrata en el pasado? Los gurúes de la Tercera Vía recomiendan confianza en la regulación por el mercado, más que, en todo caso, habitualmente lo han hecho los Socialdemócratas. Paradójicamente, se vuelven hacia el mercado justamente en el momento en que la confianza en su confiabilidad (por ejemplo, en las repercusiones de la crisis asiática) se ha debilitado completamente, y la necesidad para la regulación ha sido puesta en la agenda de la diplomacia económica internacional. Las tendencias deflacionarias en varios países han bamboleado las catedrales de la ortodoxia del mercado, y la regulación macro-económica keynesiana (arrojada prematuramente por muchos al bote de basura de la Historia) nuevamente se ha vuelto actual. Sería una ironía del destino si, por razones *ideológicas*, los gobiernos socialdemócratas ahora se abstuvieran de abordar (o incluso, por medio de la política ortodoxa, de exacerbar) crisis incipientes, mientras que antes una de sus demandas políticas clave era combatir este tipo de crisis mediante recursos macro-económicos. Eso no significa que la regulación macro-económica sea una panacea (tampoco lo fue en los años 70).

Por otro lado, los políticos de la Tercera Vía están completamente justificados al cuestionar la más alta racionalidad del Estado. La creencia de que la regulación del Estado es más racional que el mercado, y, por principio, superior a él, se ve invalidada por la condición de los instrumentos mayores de la regulación (por ejemplo, los sistemas fiscales y el gasto social), incluso en las democracias occidentales: no sólo desde el punto de vista de eficiencia económica, sino también del de los objetivos políticos a los que originalmente debían servir (la creación de la justicia social), estos instrumentos, en el mejor caso, están funcionando casi perfectamente. La seguridad social y los sistemas fiscales han evolucionado hacia una selva impenetrable de reglas a través de las cuales nadie,

excepto los exploradores profesionales, puede encontrar su camino. Los beneficiarios principales de estos sistemas son aquéllos que tienen los recursos para costear la ayuda de navegadores profesionales, más que aquéllos para los cuales tal protección fue, de hecho, creada.

La cuestión es si los políticos de la Tercera Vía lograrán trazar la frontera entre la regulación del Estado y el mercado en una forma pragmática, más que en una forma ideológica. En su ansia de liberarse del equipaje de la tradición socialdemócrata, muchos de sus protagonistas se han puesto, de hecho, ellos mismos bajo presión para probar su credibilidad (en el sentido de la ortodoxia del mercado). Este esfuerzo podría llevar a una renuncia innecesaria y perjudicial de la utilización de los instrumentos del Estado de regulación.

5. ¿Está la política aboliéndose a sí misma?

El discurso de la Tercera Vía tiene un mérito: ha atraído al muy necesitado debate sobre la modernización de la política socialdemócrata un grado de atención que de otra forma no hubiera ganado. Ha servido para sacar esta discusión fuera de los grupos de planificación estrechos que miran hacia el interior, y llevarla a la arena pública. Incluso las aspiraciones intelectuales y sociales, contenidas en este discurso, pueden ser instructivas, dado que explican, con una franqueza casi ingenua, *los puntos centrales*. La Tercera Vía lo indica tan sencillamente como es posible: los tiempos son tales que debemos despedirnos del objetivo de justicia social, en el sentido tradicional, y por lo tanto, también de la Socialdemocracia "*como la conocemos*". La tesis contraria sería ésta: la creencia en que el modelo de la época dorada de justicia no se puede conservar bajo las condiciones de la globalización, no vuelve obsoleta la cuestión de cómo mejorar el destino de los menos privilegiados en términos absolutos y relativos, pero sólo la hace más urgente. Si la única intención de la política que prevalece es fomentar el aumento de la eficiencia económica, podría ser conducida por equipos de manejo competitivos que ya no necesitarían presentar sus candidaturas bajo nombres de

partidos con un trasfondo histórico, sino que sería suficiente llamarse Arsenal o United.

La Tercera Vía defrauda a la gente si define los fundamentos de la "sociedad de servicios basada en el conocimiento" de tal forma que las opciones políticas estén excluidas, o que la política se reduzca, en el mejor de los casos, a una competencia respecto a quién es el ejecutivo de obligaciones inalterables más dispuesto. La política entonces, se habría abolido a sí misma. Pero mientras haya todavía opciones, el *nombre* "Tercera Vía" es confuso: o el mundo no se puede mejorar por medios políticos (la opción Conservadora), o los gobiernos pueden y deben adoptar los intereses de los menos privilegiados (la opción Socialdemócrata). La Tercera Vía es o la primera o la segunda.

Traducción: Christine Hüttinger y Maria Luisa Domínguez

¹ Thomas Meyer, The Third Way - Some Crossroads, in: Internationale Politik und Gesellschaft, II/99

² Democratic Leadership Council, The New Progressive Declaration: A Political Philosophy for the Information Age, July 1996.

³ Vea Michale J. Mandel, Blueprint: Ideas for a New Century. Meeting the Challenge of the New Economy, Winter 99; y Robert E. Litan, Blueprint Ideas for a New Century. Expanding the Winners' Circle, Winter 99.

⁴ Burkart Lutz, Der kurze Traum immerwährender Prosperität, Frankfurt/New York 1984.

⁵ Bruce Ackerman/Anne Alstott, The Stakeholder Society, New Haven and London 1999

⁶ Vea Robert Misik, Auf der Suche nach dem Blair-Effekt, Berlin 1998.